



El aire de la ciudad The Air of the City



El aire de la ciudad nos hace libres; el aire de la ciudad nos mata; y el aire de la ciudad nos salva. La humanidad urbana vive un drama en tres actos: la revolución burguesa rescata de la servidumbre feudal o estamental, porque como reza el lema germano medieval, *Stadtluft macht frei*; la revolución industrial trae consigo los *dark satanic mills* que envenenan el aire con la combustión del carbón, y con el motor de explosión que contamina la atmósfera en las ciudades congestionadas; y la revolución ecológica limpia el aire urbano al tiempo que se enfrenta a la crisis climática promoviendo las virtudes económicas, energéticas, técnicas y sociales de la densidad. Vivir juntos en ciudades compactas y complejas hace nuestro entorno construido más sostenible, porque ‘el cemento es más verde que el césped’, la aglomeración urbana más ecológica que la suburbanización dispersa, y el aire de la ciudad más saludable que la atmósfera del campo colonizado por la multiplicación vírica de casas.

Las asociaciones de arquitectos declaran ahora la emergencia climática, y hay que aplaudir sus buenas intenciones. Pero desde las crisis de petróleo de 1973 y 1979, un amplio movimiento profesional e intelectual —que entró en resonancia con las transformaciones de la vida cotidiana suscitadas por las revueltas de 1968— viene reclamando un cambio de hábitos, técnicas y procedimientos constructivos a los que somos ‘pasajeros de la nave espacial Tierra’, y exigiendo un comportamiento menos depredador del planeta que compartimos, por lo que quizá convendría examinar las experiencias alumbradas entonces con la esperanza de que arrojen luz sobre los dilemas del presente. De esta revisión se desprende al menos una rectificación significativa: nuestra actual emergencia climática no puede abordarse con una panoplia bucólica de casas autónomas, cúpulas geodésicas y molinos de viento artesanales, porque el desafío actual no es regresar al campo sino remodelar por entero la ciudad.

En ese contexto urbano deben recuperarse los métodos de contabilidad energética y análisis del ciclo vital de los edificios —desde la extracción o fabricación de los materiales hasta la demolición y reuso de los mismos—, el reciclaje y la mejora del comportamiento térmico de lo existente, la reducción del despilfarro y el tratamiento ecológico de los residuos. Pero estos pasos hacia una economía descarbonizada no pueden ocultar que en buena medida, por razones políticas y geoestratégicas, el cambio climático continuará agravándose, y en parte es ya irreversible, por lo que el esfuerzo en mitigarlo debe acompañarse de estrategias territoriales y urbanas adaptativas. En este nuevo mundo, las ciudades —que deben ofrecer aire limpio a sus habitantes y paliar su condición de islas de calor—constituyen nuestro mejor refugio, auténticas lanchas salvavidas que necesitamos transformar radicalmente para enfrentarnos a un océano tormentoso e incierto, y para hacer verdad el que ‘el aire de la ciudad nos salva’.

Luis Fernández-Galiano

*City air makes us free; city air kills us; and city air saves us. Urban humanity lived a drama in three acts: the bourgeois revolution ended feudal or class servitude, because as the medieval German saying goes, *Stadtluft macht frei*; the industrial revolution brought the dark satanic mills that poison the air burning coal, and with the combustion engine that pollutes the atmosphere in congested cities; and the ecological revolution cleans the urban air while it fights the climate crisis promoting the economic, technical, and social virtues of density. Living together in compact and complex cities makes our built environment more sustainable, because ‘concrete is greener than grass,’ urban density is more ecological than suburban sprawl, and the city air is healthier than the atmosphere of the countryside colonized by the viral spreading of individual houses.*

Architectural institutes have now declared a climate emergency and we must applaud their good intentions. But since the oil crises of 1973 and 1979, a wide professional and intellectual movement – which found an echo in the transformations of everyday life triggered by the revolts of 1968 – has been calling for a change in building habits and techniques from all ‘passengers on spaceship Earth,’ and demanding a less predatory treatment of our planet, so perhaps we should review the experiences born then, hoping for some light on the dilemmas of the present. But at least one thing we have learned since then: our current climate emergency cannot be tackled with a bucolic collection of autonomous houses, geodesic domes, and artisanal windmills, because today’s challenge is not about going back to the land, but rather about remodeling our cities from the inside out.

In this urban context we must reimplement energy accounting methods and life-cycle assessment of buildings – from the extraction or manufacturing of materials to their reuse after demolition; recycling and improvement of the thermal performance of what already exists; reduction of waste and the ecological treatment of residues. But these necessary steps towards a decarbonized economy cannot hide the fact that to a large extent, for political or geostrategic reasons, climate change will continue advancing, and is in part already irreversible, so efforts to mitigate it must be backed by urban and territorial adaptive strategies. In this new context, cities – which must alleviate their condition as heat islands and offer clean air to their inhabitants – can become our best shelter, lifesaving rafts that we must transform radically to face a stormy and uncertain ocean, and to make true that ‘city air saves us.’